



VERBENAS

LaViscera
Año 01
Núm. 07
Abril 2021

LA
VISCERA
magazine



LaViscera Magazine

 www.facebook.com/LaViscera

Dirección / Coordinación

EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección

CVH

Consejo de redacción

CARLOS SAN JORGE

PATRICIA SÁNCHEZ

CARLOS VICENTE

Maquetación / Diseño

PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto:

LaViscera@edulogic-producciones.com

www.edulogic.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.



Año 1 | Num 7

«¿Dónde vas con mantón de manila?
¿Dónde vas con vestido chinés?
A lucirme y a ver la verbena,
y a meterme en la cama después»

La verbena de La Paloma (Zarzuela)

Letra: Ricardo de la Vega

Música: Tomás Bretón



- Carlos Vicente
05 UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (VII)
- Patricia Sánchez
07 ROMPER EL HILO (o INCANDESCENCIAS)
- PARATEXTUALIDADES: Javier Helgueta
09 VERBENÁCEAS
- Carlos San Jorge
11 SIEMPRE HAY ALGUIEN ASÍ EN TODAS LAS FIESTAS
- Beatriz Gorjón
13 DISTOPÍA
- Jara Aizpuru / Andrés Níguez
15 SIN TÍTULO -7
- VÍSCERAS INVITADAS: CHARO ALONSO Y CARMEN BORREGO
17 VERBENA
- VÍSCERAS INVITADAS: HUGO MILHANAS MACHADO
19 OLEAJES
- VÍSCERAS INVITADAS: PATRICIA ESTREMERÁ
21 LO SICALÍPTICO
- VÍSCERAS INVITADAS: SHEILA BLANCO
23 VERBENA
- VÍSCERAS INVITADAS: CÉSAR BRITO
25 NI PUTA IDEA
- VÍSCERAS INVITADAS: CHARO RUANO
27 VERBENAS
- Nacho G. Ríos (Selección)
Pedro Vez (Ilustración)
29 HAIKU FINAL

La vida es bailar un chotis en una baldosa
y no sentir que estás haciendo el ridículo.

La vida te ofrece churros y alguna vez una porra.

La vida es una canción desafinada que escuchas dándole la mano
a tu pareja mientras te toca el culo y sonrías sin que se note.

La vida es gastarte el triple de lo que vale el premio que has conseguido
con esa escopeta de aire comprimido con la mira desviada.

La vida es sangría con regusto amargo.

La vida es un farolillo que ha recorrido miles de pueblos
en agostos interminables.

La vida es una puta mierda y, al final, te mueres.

UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (VII)

CARLOS VICENTE

Siempre quise, aunque no lo haré, escribir una obra de teatro sobre las fiestas cutres de un barrio en el que toca un grupo que parece de aficionados, pero que cobra tres mil euros. Habría una morena y una rubia, un señor bajito, rechoncho y con bigote, un músico llamado Bretón y una mujer borracha que te desea el mal si no le das algo. Sería lo contrario a una verbena, pero sería una verbena. Una obra costumbrista, pero sin serlo. No sé si me explico. Empezaría, más o menos, así:



Una verbena de barrio. Las cinco de la mañana. Una mujer, un hombre rechoncho y un músico.

Mujer: ¿Es usted el que organiza esto?

Bretón: No, señora. Yo soy músico.

Mujer: Dame algo.

Bretón: No tengo nada. Soy músico.

Mujer: Si no me das nada, te deseo lo peor.

Bretón: Señora, ya no me puede desear nada peor. Escribo zarzuelas.

Señor rechoncho: Deja en paz al maestro. Toma Oliva, cómprate unos churros y vete a casa, que ya es hora.

Mujer: Que conste que te salva este señor tan gordo y tan simpático. Más gordo que simpático, pero te salva, que si no...

Señor rechoncho: Perdónela maestro, tiene un problema. Usted ya me entiende.

Bretón: No, si tiene razón. Escribo zarzuelas.

Señor rechoncho: No haga caso de ella, lo digo en serio. ¿Y qué hace usted por aquí? ¿Y a estas horas?

Bretón: Estoy buscando inspiración. ¿Y usted?

Señor rechoncho: Pues yo he venido porque he quedado con dos amigas.

Bretón: ¿A estas horas?

Señor rechoncho: ¿Qué le voy a hacer? No lo puedo resistir.

Bretón: No me lo diga. Una morena y una rubia.

Señor rechoncho: No. Las dos son pelirrojas. No sabría decirle por qué, pero no me puedo resistir.

Bretón: ¿Y a qué se dedica usted, si puede saberse?

Señor rechoncho: Soy boticario.

Bretón: Me han hablado de algo que estimula la imaginación. Se llama opio.

Señor rechoncho: Uy, no se lo aconsejo. Eso es una medicina del diablo. La gente se divierte mucho al principio, pero luego...

El señor rechoncho se distrae con alguien que ha visto.

Bretón: ¿Pero luego qué?

Señor rechoncho: Discúlpeme, pero me tengo que ir, es que he visto a mis dos amigas y creo que ya es hora de que me comporte como un caballero. Espero que se inspire.

Bretón: Gracias, amigo. Y páselo bien.

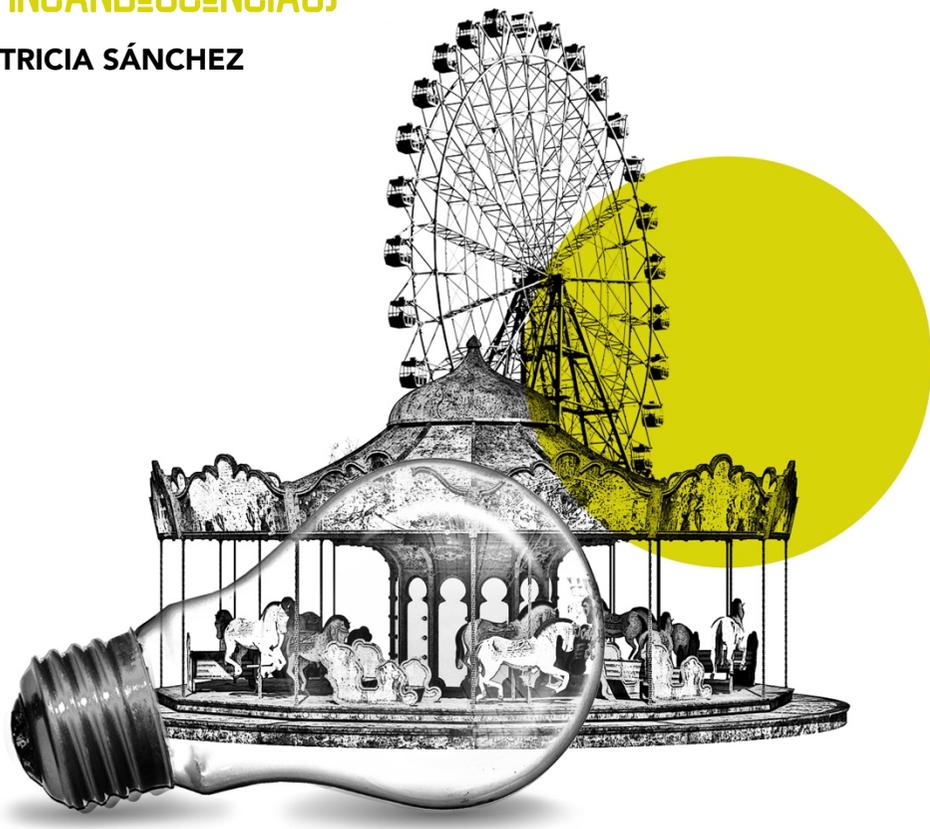
Señor rechoncho: Se hará lo que se pueda. No lo puedo resistir. Adiós.

Bretón: Adiós. Pues a mí me gustaba más la idea de una morena y una rubia...

En ese momento, vuelve la mujer a pedirle otra vez dinero a Bretón, pero él no sabe por qué está más contento y esta vez le da una moneda. Ella le desea toda la suerte del mundo y que triunfe en el mundo de la música. Y él le dice que el año que viene seguro que ha triunfado, que ha escrito muchas zarzuelas, pero que como la próxima ninguna. Está seguro.

ROMPER EL HILO (O INCANDESCENCIAS)

PATRICIA SÁNCHEZ



Ya está. Ya lo has dicho. Ya lo has decidido. Y esta vez no te vas a echar atrás. Lo sientes. Hay que ser consecuente. No puedes ir por ahí gritando a los cuatro vientos en un momento de calentón y, cuando llega la hora de la verdad, bajar la intensidad para evitar tensiones. No.

«Ponte en pie, alza el puño y ven, a la fiesta pagana en la hoguera hay que beber...»

¿Que todas lo hemos hecho? Pues claro. Tú llegas, eres joven, eres la nueva. Prácticamente virgen. Aún no has visto nada, no has vivido nada. Y lo que quieres es integrarte. Formar parte. Contribuir. «¡Venga, vamos, todas a una!», como te inculcaron. «¡El éxito es común!». «¡Somos un equipo!». «Si falla una, fallamos todas».

«Un, dos, tres. Un pasito p' delante María. Un, dos, tres...»

A todas les ha pasado.

Pero llega un momento en que todo eso ya no vale, que ya no es suficiente. Que las consignas de comunidad y los gritos de unidad ya no te encienden como antes. Ya no es como al principio. Ya no eres joven. Ya no eres la nueva. Ya no quieres integrarte. Lo sientes, pero no. No, en realidad, no lo sientes.

«Que la detengan, que es una mentirosa, malvada y peligrosa...»

En realidad, lo que sientes es no haber tenido los santos filamentos de haberlo hecho antes. De haberlo hecho en cualquiera de las otras ocasiones en las que te dijiste que ibas a explotar y te quedaste en nada, en un triste fosfeno, molesto durante unos segundos, minutos como mucho, y luego nada, a seguir con la fiesta. Esos momentos en los que, encima, te tildan de problemática, de ser un coste excesivo, de mantenerte en el puesto asignado casi por pena. Porque las hay mejores. Porque no te adaptas a los nuevos tiempos. Porque eres vieja. Vieja. Ya no es como al principio. Ya no eres joven. Ya no eres la nueva. Ya no quieres integrarte. Ya no sirves.

«Hoy no queda casi nadie de los de antes. Y los que hay, han cambiado. Han cambiado»

Llegan todas cortadas por el mismo patrón. Las nuevas. Con la lección bien aprendida. Ya no hay riesgos. Vienen concienciadas. No se calientan más de la cuenta. No hay sobretensión. Su existencia no pende de un hilo. Ni sienten, ni padecen. No tiemblan. No tililan. No hay fosfenos. Eso sí, lucen como nadie. Lucen divinas.

«Arrasando por la vida, cosechando la alegría. No hay obstáculo que me impida disfrutar de un nuevo día»

¿A ellas también les habrán hecho promesas? ¿Les habrán hablado de tómbolas y montañas rusas? ¿De infinitos viajes en la noria para poder ver todas las luces de la ciudad? ¿A ellas también les habrá calentado la cabeza el enchufe de turno, ahora liberado sindical, diciéndoles que empiezan desde abajo pero que, si cumplen, si no fallan, acabarán en la primera fila del concierto? ¿Ellas también sueñan con canciones de verbena? ¿Con ser la luz que ilumine los besos de madrugada y los deseos étlicos de quien baja la mano algo más de la cuenta?

«Más, te quiero y quiero más, de lo que tú me das. Regálame un beso y no te arrepentirás. Te quiero y quiero más...»

Tú también querías más. Pero ahora lo único que te queda es no echarte atrás. Ser consecuente. Que son ya muchos años. Demasiados. Tantos, que podrías explicar toda tu existencia enlazando frases de canciones de orquesta, de versiones, en formato salsa y reggaetón. Eso sí, de fondo, bajito, porque nunca llegaron a colocarte en la primera fila del concierto. No debiste ganártelo y ahora es tarde. Ahora ya no eres bien vista. Las que sois así, incandescentes, de tungsteno, tenéis los días contados.

Ya está. Ya lo has dicho. Ya lo has decidido. Y esta vez no te vas a echar atrás. Hoy no te enciendes. Ya no. Hoy tu farolillo se queda a oscuras. Que te cambien por una led de esas. Tú hoy rompes el hilo.

«Se le apagó la luz, tembló...»



Querida directora:

¿Qué tal se encuentra? Le mando este correo porque quería excusarme doblemente. Primero, por haber olvidado enviar mi artículo para el número pasado, sobre las grietas, tema tan adecuado para alguien cuyas ideas se evacuan por cualquier rendija; en segundo lugar, por manifestar aquí mis dificultades para tratar el tema de este nuevo monográfico. Creo que debería haberles comentado que me posee una agrafia crónica desde hace algunos años y soy el menos indicado para lograr el objetivo de divertir y hacer pensar al «antiguo legislador que llaman vulgo», como diría Cervantes.

¿Cómo se habla sobre algo acerca de lo que no se sabe? Me he informado sobre este asunto y creo que hay quien ha encontrado la piedra de Rosetta con la que solventar cualquier atolladero, aun el enigma de la esfinge o un koan zen. Y no me refiero a la mística facilona con la que Wittgentstein finaliza su *Tractatus*, sino a la retórica de Tertuliano (no la del filósofo tunecino, sino la del señor de los debates de la tele; he oído cosas que no creeríais: a un politólogo describiendo la secuenciación genética de un virus y a un virus secuenciando la génesis descriptiva de un politólogo).

Si la revista no puede contar con el omnisciente Tertuliano, propongo una vía más pragmática: hacerse con los servicios de un periodista digital, o tuitero, como los llaman ahora. Todos los días me encuentro a algunos de estos expertos solicitando información desde los estrechos adarves de su muro de Facebook porque tienen que escribir urgentemente sobre *Las diez cosas que no sabías de lo que no sabes* o *Todo aquello que tienes que conocer de lo que desconoces*. Inmediatamente, se abalanza una caterva de altruistas, ególatras y grupis para aportarle fuentes de su cuñado o de la Enciclopedia Británica sin esperar una cita a cambio. Creo que si a este Larra posmoderno le pedís un artículo, pronto la revista será *trending topic* con el hashtag #SalvemosLasVerbenas.

Le prometo, querida directora, que en un último esfuerzo he indagado en mi propia experiencia. Pero poco puede valer mi testimonio para explicar a un lector (más curtido, seguro, en estas batallas) *quid est verbenas*. Por mi abstemia y mi introversión, nunca me prodigué en las celebraciones profanas de san Isidro o la Virgen de los Rayos, santoral que me toca por ascendencia paterna y materna; ni los madriles ni la Tierra de Campos han (com)probado los límites de mi embriaguez. No obstante, dicen los diccionarios que las verbenáceas, de donde procede metonímicamente el nombre de la festividad, son ciertas plantas erguidas y ramosas que eran usadas como látigos o coronas en la antigüedad; y si bien no estoy muy dispuesto a encumbrarme ni a flagelarme por no tener la sapiencia de un «politologo» ni las amistades de un *influencer*, quizás pueda echar un puñado de flores verbenáceas a la marmita de la poción mágica para ver si obtengo, si no un remedio medicinal contra virus, tertulianos y tuiteros, al menos un buen alucinógeno que me inspire para escribirle el debido artículo.

Por el momento, me despido muy cervantino y melancólico: «Muchas veces tomé la pluma para escribirle, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría...»¹

Enviar



¹ Fragmento del ensayo inconcluso *Los escritos que nunca he escrito*, en el que también se puede leer en un borrador de nota al final del texto: «(...) Me hubiera gustado crearme un etnógrafo, señalando las raíces populares y el color local de las tradiciones, los ritos de paso que subyacen a bailes y juegos, el carácter socializador y uniformador de la música (dirigida, desde el atril, o espontánea, de carracas, panderetas y silbatos); o bien indagar sobre el tema de moda de la España vacía, vaciada o plena, por lo que supone el chorro de vida de esas generaciones que emigraron a las grandes urbes, cuando regresan a sus pueblos para celebrar muchas festividades primaverales o veraniegas de la mano de hijos y nietos; por último, qué menos habría querido plantear una reflexión poética y pandémica sobre el gran vacío en barrios y villas sin verbenas, pero quién puede describir la insipidez de un escenario (tablado o plaza) desierto».

SIEMPRE HAY ALGUIEN ASÍ EN TODAS LAS FIESTAS



BAKSHI - Sr. Clutterbuck. Quisiera presentarle mis disculpas por las molestias que haya podido causar antes, durante la cena. Lo siento muchísimo, créame. Le prometo que no volverá a suceder, si es que tiene la amabilidad de invitarme otra vez.

La película *The party*, que llegó a España con el título de *El guateque* es, sin duda, un film curioso de principio a fin. Su director, productor y uno de sus guionistas, Blake Edwards (*Desayuno con diamantes*, *La pantera rosa*), quiso usar este largometraje como un pequeño homenaje a todos esos artistas del cine mudo que tantos momentos buenos le regalaron cuando tan sólo era un niño, como: Charles Chaplin, Laurel y Hardy (El gordo y el flaco) o Buster Keaton, entre otros. Una de las primeras ideas que tuvo a la hora de desarrollar la historia, y que finalmente se descartó por miedo a la poca aceptación del público, es que, aunque se rodara en color, la película fuera completamente muda, utilizando como únicos diálogos los típicos rótulos del género que sirven para apoyar la explicación de las acciones. Curioso que, décadas más tarde, *The artist* se llevara varios Oscars, entre ellos el de mejor película, llevando a fin la idea.

Por otro lado, el escasísimo guion, de poco más de sesenta páginas (lo normal son aproximadamente noventa), hizo que la mayoría de las escenas más míticas y recordadas fueran fruto de la improvisación y provocaran más de un dolor de cabeza a la *script*, Esther Stephenson, que tuvo que anotar todo milimétricamente para que la continuidad de las escenas fuera lo más precisa posible. Patente queda que se consiguió, aunque, en muchas ocasiones no fuera nada fácil, ya que Edwards, muerto de risa en alguna escena en cuestión, no era capaz de cortar la acción, creando así un *tempo* especial de escenas largas con un sinfín de inesperadas ocurrencias, gracias al libre albedrío de los actores y a la pura intuición de los técnicos. Lo que sí ayudó mucho al exitoso desarrollo de la cinta es que se rodó en orden cronológico, según iban pasando las escenas, y, si una idea evolucionaba y se creaba una línea argumental, la continuaban hasta que se cerrara por completo antes de abrir otra. Como dato curioso, con respecto al caótico rodaje, por primera vez se ató una cámara de video a la de Panavisión (cine), para que los actores pudieran chequear las escenas inmediatamente sin tener que esperar al positivado del celuloide. Esto creó un clarísimo precedente que se convirtió, con el tiempo, en algo esencial en los sets de rodaje actuales.

En la parte artística, lo que más claro se tenía desde el principio de esta locura es que el actor, Peter Sellers, era perfecto para el papel principal. Tanto que, posteriormente, la comunidad hindú, aunque ligeramente molesta por el excesivo maquillaje, no dudó en felicitarle por su magnífica interpretación. Y eso que su participación estuvo, durante mucho tiempo, pendiente de un hilo por la mala relación entre la fuerte personalidad de la estrella y el director, sobre todo desde su último trabajo juntos en *El nuevo caso del Inspector Clouseau*. Finalmente, para suerte de todos, el buen talante de ambos obró la reconciliación. Sellers dio vida al inolvidable Hrundi V. Bakshi y *El guateque* se convirtió en la primera película en Hollywood del británico.

Fueron muchos los actores y actrices desconocidos que brillaron en la película por su gran capacidad de improvisación. Pero quizá, uno de los pocos compañeros de reparto que se llevó la atención del público, en alguna que otra escena, fue Steve Franken, que creó, a partir de la improvisación, lo que hoy en día muchos consideran como el mejor borracho de la historia del cine: un tipo de personaje con el que es fácil destacar y que es muy recurrente dentro de comedias de este estilo. Eso sí, su trabajo para improvisar una borrachera progresiva que evoluciona a medida que va pasando el tiempo alcanzó otro nivel, algo que pilló a todo el equipo, tanto técnico como artístico, por sorpresa, y generó un sinfín de reacciones de asombro entre sus compañeros de reparto que podemos disfrutar en la película.

El Guateque, que para los puristas está exento de guion (y no les falta razón), es, en definitiva, una comedia admirable, con un sinfín de gags inimitables e inolvidables, lo que la convirtió en inspiración para muchos y en película de culto para otros. Y no, aunque sé que lo estás esperando, no se conocen dramas destacables, maldiciones o excentricidades varias relacionadas con el rodaje, por lo que reseño para terminar, únicamente, un dato curioso: su estreno en Estados Unidos coincidió el mismo día de la muerte de Martin L. King.



DISTOPIA

BEATRIZ GORJÓN

Las imágenes de base que se han empleado para el diseño son parte de **Extra Articles and Visitors to the Exhibition** (1851) de Richard Doyle. Los originales se exhiben en The MET Museum.

Una noche más, arrastro mis pies cansados de camino a casa. Son las cinco de la mañana y me levanto a las nueve. Miro a mi alrededor y la calle está llena de zombis como yo, ojeras marcadas, pasos lentos y en la mirada el ansia de llegar a casa y descansar. Desde hace cinco años, con la llegada de este gobierno, los habitantes de este país estamos obligados por ley a ir todas las noches a la verbena. ¡TODAS LAS NOCHES!

Al principio nos pareció una magnífica idea. ¡Nos obligan a ir de fiesta! ¡Genial! ¡Si es lo que mejor se nos da! Pero, pasado un tiempo, ya nos dimos cuenta de que iba a ser una pesadilla. Salir todas las noches por obligación es una forma más de tenernos controlados. Por las noches estamos vigilados y por el día demasiado cansados para nada más que cumplir con nuestras obligaciones.

Me levanto por la mañana cansada, con sueño, me tomo un café y corro a trabajar. Casi todos los días llego tarde, casi todos llegamos tarde, casi todos damos cabezazos a primera hora del día. Y, después, hacer las cosas de casa antes de cambiarme para ir una noche más a la verbena. Ahora en verano se agradece estar en la calle, pero en invierno con las lluvias, las nieves y el frío es un infierno. Por más que te abrigues e impermeabilices el agua y el frío cala hasta los huesos y ahí ya el resfriado es imposible de evitar. Y, a no ser que puedas demostrar que tienes mucha fiebre, no te puedes librar de ir a la verbena del día siguiente, y enfermo, o medio enfermo, es un suplicio

El repertorio es siempre el mismo. Noche tras noche, las mismas canciones que sabemos de memoria y tenemos que bailarlas todas, estés cansado o no, te gusten o no, porque, si te ve parado la policía de las verbenas, porrazo que te llevas.

Los únicos días que no hay verbena son en las fiestas de cada localidad y nos pasamos todo el año esperando esos días, como antes. Poder quedarnos en casa, ver una película, dar un paseo, irnos pronto a la cama... Sí, planes aburridos, pero que nos saben a gloria después de la obligación de salir todo el año de fiesta.

Toda música que no pertenezca al repertorio oficial está prohibida. La física la destruyeron toda y por internet, como lo tienen controlado y censurado, sólo puedes escuchar lo que ellos quieren. Yo me encontré detrás del cajón de un armario un *walkman* con una cinta de Eros Ramazotti, de cuando era adolescente. Aunque ya no me apasione, cada dos o tres meses me doy el gustazo de escuchar una canción. Pero sólo una porque el peligro de que te pillen es grande y el castigo terrible: pasar días enteros sin descansar ni dormir en verbenas que han puesto en los patios de las antiguas cárceles.

He pensado mucho en unirme a La Resistencia, personas que han podido salir del sistema y viven en sótanos, bodegas y pasajes subterráneos sin apenas salir, descansando de pasodobles y cumbias y durmiendo. Una utopía.



SIN TÍTULO -7

TEXTO: JARA AIZPURUA

FOTOGRAFÍA: ANDRÉS M. NÍGUEZ

Juan era carbonero. Vivía en un pequeño pueblo de Salamanca cerca de Ciudad Rodrigo. El nombre no es importante, el del pueblo, me refiero, o igual sí lo es, pero llegó un momento en su vida, ese en el que el tiempo pasó tan deprisa que los años se echaron encima y la demencia entró a formar parte de su ser, en el que los nombres dejaron de estar en su mente, algunos, no todos. Así que, en esta historia, tampoco será lo importante.

Él estaba casado con una mujer impresionante, turgente, bella, algo rara (decían los vecinos), callada, buena madre y, sobre todo, trabajadora. Tuvieron unos hijos a los que el presente llenó de grietas del pasado, pero ese tampoco es un dato a destacar ahora mismo, no al menos para este escrito.

Eran otros tiempos, claro está, no tenían nada que ver con los de ahora. Pasó por una guerra casi de puntillas. Una bala en el hombro le devolvió enseguida a casa. Ahora tenemos otras luchas por las que gritar, la mayoría de las veces más internas, al menos en mi caso, tampoco puedo generalizar, pero creo que no sobreviviríamos a una guerra de verdad. No estamos hechos de esa pasta.

Tocaba la trompeta, no todo era carbón. Me hubiera encantado verle recorriendo las fiestas de los pueblos, subido a un escenario mientras mi abuela era la envidia de todas las demás. «Ese hombre de ahí, el que toca, es mi marido» contaba mientras movía su cuerpo al ritmo de la música. Realmente, todos los conocían en el pueblo, ni siquiera era necesario que ella dijera nada, pero era tal el orgullo que sentía que no podía evitarlo.

¿Cuántas fiestas recorrieron? No lo sé. Me faltan tantos datos que me cuesta imaginarlos en muchas ocasiones. Hay tantos vacíos en mí como años que no pasé a su lado. Es curioso lo que el reloj hace con nosotros, lo que los años hacen con nuestra mente, lo que los cuentistas hacen con sus protagonistas, lo que una historia mal contada es capaz de decir y, a la vez, de no decir. A veces, creo que lo de subirme a un escenario es, en parte, culpa suya.

También existieron accidentes en su vida: la enfermedad crónica de él, la pérdida inesperada de ella. La falta de oxígeno en un lugar al que la ambulancia tardaba más de media hora en llegar y un camino de hora y media hasta Salamanca. Un catarro mal curado, una gripe, algo que no somos ni capaces de explicar y que se la llevó casi de un día para otro.

Los de la foto no son ellos, no sé quiénes son, pero cuando me la mandaron para escribir el texto, pensé en contar la historia de dos personas que sí conocía y que pude ver bailando, cuando era una cría, en una verbena de las fiestas de un pueblo de Castilla muy cercano a Portugal.

Si esta historia es cierta, nadie lo sabe. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

CHARO ALONSO (TEXTO) Y CARMEN BORREGO (ILUSTRACIÓN)



La palabra le estalla en la boca, burbuja de frescos, pompa de algodón de azúcar, globo hinchado de alegría... y se deja mecer por el baile de las guirnaldas y las bombillas que puntean la pequeña plaza en el calor de la noche de verano, alegre y profunda la oscuridad que se llena de lucecitas de colores, notas discordantes en el tablado chiquinino que apenas contiene a los músicos a los que la luz borra lo ajado de sus trajes de lentejuela mal cosida, de metales brillantados antes de salir a escena...

La orquesta raquítica, la nota desafinada, la alegría del pasodoble sobre las baldosas sucias de confetti, de vasos tirados, de pegotes pegajosos donde se hunden los tacones de las señoras, y alguien empuja los globos perdidos, aparta al niño que mira, churretes resbalándole por la cara golosa, el espectáculo de los lejanos fuegos artificiales. En el barrio todo es pequeño, la plazuela, el escenario, los músicos, el tropel de la alegría que se acerca a los puestos de golosinas, a tirar a la caseta de tiro donde todos apuntan y nadie acierta mientras a ella, niña pequeña a la que todo le parece grande, la palabra verbena le llena la boca, eleva con la alegría de trasnochar, ver girar a la madre con su falda de voleo mientras el padre, tan guapo, tan distinto, troncha su tallo de cintura con un gesto inusual.

-Te vamos a llevar este año a la verbena.

Y la palabra estalla como un globo que se eleva, y deja atrás a los muchachos que beben sentados en el escalón e increpan a las muchachas. Y es el color el que lo pinta todo de alegría mientras la niña entierra la cara en una bola de algodón de azúcar que tiene consistencia de nube. Porque el rosa y el azul del globo conjuran todo lo feo, todo lo oscuro, todo lo que da miedo. Y mece la música, acunan los cuerpos que empujan para salir a bailar y apretarse y

pellizcarse y sudarse y mamá que regresa y dice qué zafia la gente, qué sinvergüenzas y mira ese vomitando sobre el parterre, y este olor de fritanga y de orines en cuanto sales de la luz, la gente que no tiene educación ni maneras...

Y de repente la niña no entiende, pero quiere seguir en la ficción rosada del algodón de azúcar, en el apresto del vestido estrenado, en la perfección tirante del globo azul que se alza más allá de lo malo... Vámonos, dice mamá, me han tirado del vestido, huele fatal, la música es mala, no hay quien pueda con el ruido, este barrio de pobres no tiene remedio... y papá que parecía que se estaba divirtiendo la deja hablar mientras mira, cómplice de todo lo bueno ¿Vamos a la tómbola a ganarte una muñeca? Y ahí se queda mamá, en la queja que se cuele como la salmodia del feriante mientras papá compra boletos y la niña lo único que quiere es elevarse con el globo por encima de todo -el humo de la fritanga de churros, la música, la gente, las guirnaldas casi caídas, las cabezas que chocan, la voz de una madre permanentemente descontenta, el retablo barroco de la tómbola llena- y de repente la plaza queda atrás, la música se afina, los colores brillan en esa limpieza tirante de la superficie de un globo que se eleva, se alza, se convierte en burbuja de alegría, más arriba, más alto, más azul, más arriba... y la niña deja que la palabra le reviente en la boca, ver-be-na, ver-be-na, todo es fiesta, todo es belleza y el padre, las manos llenas, la alza muy alto, muy alto, como la risa, como la fiesta.



Se abre el telón y ahí van los tambores, ahí va la madera, el pulso y los algoritmos, se abre el telón y lo imaginas, eran cuatro líneas, dos cuerpos clavando el tiempo de las fantasías, la construcción del sosiego posible, hablaban de paz, de juegos y entusiasmos de otros tiempos, querrían no más apagarse sobre el tablado, y luego, tras el lenguaje de las cuatro líneas de pasos en el arenal, mascullar los coros más lentos y detenidos, la cantata de unos cuantos pueblos durmientes que no podían existir y que ahora están ahí, coronando la playa, y la frase, dices, la frase o luego el rigor cumplido por ley de arena, arena mucha y las cuatro líneas de pasos, y ahí van los corredores, los imaginas charlando, merecemos la estrella contada, dicen, subimos armados de trompetas y recuerdos atlánticos para trazar el relato, no vamos a ninguna parte y seguimos corriendo, movemos el bucle de imaginar, recalamos en espejismos de fatiga y desmadre, reivindicamos el país de los cometas y de los bailes y de las bobadas, ciertas maneras tropicales que no conocíamos y qué más da, que tras la curva de la frase, un faro dulce, así como que bordeando la sílaba, igual se esconde el abecedario de los abismos, y osaremos mover la estrella y no podremos parar, que vamos a endulzarla, que vamos a adorar los juegos más lentos y luego divertir las fronteras, comenzar los viajes de la melodía, cogerle las riendas, entera infancia, los trabajos de un pelotón de patinadores al borde de otra estrella, máquinas de imaginar, tremendas máquinas verbeneras sin igual, el corazón de otra primavera, la primavera que nos habíamos prometido hace más de un año, igual te acuerdas tú también, ahora que se abre el telón y sabes que tan sólo era otra estrella que no había.

PATRICIA ESTREMER

Madrid, 9 de febrero de 1907. En la puerta del Circo Price colgaba un cartel con un título más que sugerente: HOY, ESTRENO DE LA DIOSA DEL PLACER, acompañado por un letrero con letras grandes y llamativas que decía: SÓLO ADULTOS.

Aquel título y aquel letrero eran suficiente reclamo como para que la multitud se agolpara en las puertas del teatro para conseguir una entrada, aunque fuera de reventa.

Manolo -pongamos que ese era su nombre- llegó a las puertas del teatro abriéndose paso entre la multitud del brazo de su orgullosa mujer. Esa misma semana, le habían ascendido de inspector jefe a comisario de policía del distrito y aprovechó la ocasión para estrenar su perfectamente planchado uniforme nuevo.

El matrimonio entró saludando a diestro y siniestro, dejándose ver y poniendo sonrisa de falsa modestia cada vez que alguien les felicitaba por la nueva graduación.

Se sentaron en la primerísima fila, junto con el resto de autoridades pertinentes. Se apagaron las luces y comenzó la función.

En escena cuatro actrices, muy ligeritas de ropa, declaman diálogos picarones, entonan canciones con doble sentido y contonean sus caderas de manera libidinosa frente a un joven seminarista calenturiento, al que ponen en aprietos y provocan todo tipo de sudores. Ustedes ya me entienden...

El público ríe, aplaude con entusiasmo los números e, incluso, pide más.

Pero el comisario Manolo -pongamos que ese era su nombre- está incómodo. Bajo su pantalón está sufriendo una erección incontrolable, que trata de disimular colocando encima de su miembro su preciosa gorra nueva.

Carraspea, se tira de los puños de la camisa una y otra vez, seca el sudor de su frente con un pañuelo y se siente observado por su mujer con el rabillo del ojo.

La función gustó tanto que llamaron a los autores del libreto y de la música hasta ocho veces a saludar, cosa que, por aquellos



tiempos, solo ocurría si el autor era de primerísimo nivel.

Pero el comisario -pongamos que su nombre era Manolo- salió desfavorido del teatro arrastrando a su esposa, mientras exclamaba en voz alta: «¡Qué vergüenza! ¡Es una inmoralidad!»

Al día siguiente, a primera hora, a Manolo le faltó tiempo para personarse en el despacho del gobernador civil de Madrid con la finalidad de que pusiera fin a esas representaciones con carácter IN-ME-DIA-TO.

- *Es inmoral y ofensiva para el pudor. Las tripetes enseñan las piernas, bailan, ríen y sugieren más allá de lo permisible...-* espetó Manolo indignadísimo.

- *¿Usted diría que son de carácter... alegre?, preguntó curioso el gobernador.*
- *Más que alegre, muy, muy alegres, demasiado alegres... ¡Son cuatro putones verbeneros! Y mi mujer tuvo que verlo, qué vergüenza, es un ataque a la moralidad y un escándalo público intolerable.*

Tras la denuncia del comisario, el gobernador civil, por aquel entonces, Marqués de Vadillo, no tuvo otra que ordenar la suspensión inmediata de las funciones programadas y multar con mil pesetas a cada una de las actrices por su indecorosa actitud.

Curiosamente, al actor masculino de la obra, Emilio Mesejo, ni lo multaron, ni lo demandaron, ni lo mencionaron en el juicio. Como si nunca hubiera existido.

Él, por supuesto, no había hecho nada ofensivo, la ofensa era por ellas: Pepita Sevilla, Ascensión Méndez, Elvira Lafont y Antonia Cachavera. Las cuatro desvergonzadas que habían osado despertar el deseo sexual entre los asistentes.

Finalmente, gracias a la lentitud de la justicia española, las ya conocidas como «Diosas del placer» fueron absueltas, pues el juicio tardó tres años en celebrarse. La campaña moralizadora de las costumbres del teatro se había relajado bastante y la obra simplemente se consideraba de género «atrevido», pero no contenía nada constitutivo de delito.

No sabemos cómo se tomaría el comisario Manolo -pongamos que ese era su nombre- la sentencia del juez. Lo único que sabemos de él es que fue destituido de su cargo años más tarde, tras ser pillado infraganti en un burdel de la calle Montera durante una redada. Dicen que cuando le detuvieron sólo acertó a decir: «*la culpa es de ese putón verbenero, que me ha liado*».



Bebiendo en todos los bares.
Comiendo vida a dentelladas.
Dejar las penas en casa encerradas.
Bailar en los hospitales.
Poner verbenas en los soportales.
Salpimentar las madrugadas.

Vivir el amor que uno quiere,
sentir que vale la pena.
No sufrir la condena que otro dijere
porque no se aprende ná en cabeza ajena.

Llevar la cuenta de los vicios,
saber qué o quién los provoca.
No perder la cuenta de los beneficios,
pagar siempre la cuenta cuando toca.

Bebiendo en todos los bares.
Comiendo vida a dentelladas.
Dejar las penas en casa encerradas.
Bailar en los hospitales.
Poner verbenas en los soportales.
Salpimentar las madrugadas.

La verbena de la vida
que nos mueve el corazón;
sólo hace falta alegría,
paz, salud y siempre amor.

La verbena de tus ojos
que ilumina esta canción,
pues la luz de tu mirada
es por lo que canto yo.

ESCANEA EL CÓDIGO QR O PULSA EN
EL SIGUIENTE ENLACE PARA
ESCUCHAR «LA VERBENA» DE SHEILA
BLANCO PARA LaViscera Magazine



[ENLACE «LA VERBENA»](#)

CÉSAR BRITO

Recorrer 2.136 kilómetros para iniciar un proyecto de vida supone la asimilación de no pocos cambios. Sutiles, la mayoría, pero exigentes casi siempre. De las cálidas «Islas Afortunadas» a la austera y fría Castilla, donde se cambia la toalla por el abrigo tres cuartos; las chanquetas por las botas de Gore-Tex®.

En mi tierra de origen lo normal es la chanza, el abrazo y la asimilación del inmigrante a la velocidad de la luz. En «Charrajevo» el muro de piedra de Villamayor permanece impenetrable, al menos los dos primeros años. La culta y limpia no hace prisioneros.

Una de las cosas que más pesadumbre originó mi desembarco en la fría estepa fue comprobar que yo no tenía «pueblo». Todo el mundo se marchaba a su «pueblo» los fines de semana y fiestas de guardar. Quien más quien menos hablaba con fervor de las fiestas de su patrón y de la verbena correspondiente, famosa en la región y glosada por todo Cristo.

Mi «pueblo» es un trozo de roca volcánica flotando en el Atlántico. Preñada de laurisilva, salitre, arena negra y estrellas orgullosas en cielos transparentes. Comprobé también con angustia que, más allá de los efluvios carnavaleros, nadie conocía las verbenas a las que nos entregamos con fervor por aquellas latitudes.

Allende la Isla Bonita cualquier excusa es buena para levantar una carpa, un escenario improvisado, dos o tres puestos desmontables de comida y bebida y nada más. Lo importante es la «pista de baile». Ahí se baten el cobre los auténticos centauros verbeneros. Al mandado de ritmos lascivos, calientes y de sensualidad rayana en lo delictivo. Cobijados por compases de Celia Cruz, el Combo Dominicano, Rubén Blades o la Orquesta Maracaibo, los efluvios del ron de caña favorecen el roce de la piel sudada y los cimbreantes reclamos de caderas y escotes retadores.

El trópico que late en nuestro código genético no entiende de límites. Un día es un día ¡Que salga el sol por Antequera! A ser posible, acariciando con sus rayos la exhausta silueta de un amante fogoso, que continúa el despliegue verbenero entre sábanas templadas, fluidos y susurros de ensoñación mestiza. Así suelen ser las verbenas de donde yo vengo. Así las recuerdo, al menos.

Pero renovarse o morir, dicen. Hay que participar de las verbenas castellanas, si nadie pone remedio. Aunque lo ponen difícil, me cago en mi raza. Voluntariosas charangas itinerantes desgranaron tonadas que me son tan ajenas como un sueldo honesto a un político de sonrisa impostada. El dulce sabor del ron o la refrescante cerveza tiene que ceder paso al vino áspero y a esa infecta creación del demonio que es el calimocho.

La supuesta diversión aquí está en las «peñas», cotos privados de caza carnal donde el primordial objetivo es la intoxicación etílica. A ser posible, rápida y efectiva. La zona de baile suele estar desierta; o próxima a la estampa aún más patética de albergar a un bolinga solitario y a un par de babosos que intentan una conquista erótica con menos gracia que un pedo en un entierro.

No es extraño, en cualquier caso, en unas verbenas donde el paroxismo se aglutina en torno al trasunto de sodomización colectiva en cadena, que es *Paquito el chocolatero*. Incluso un tullido como yo, incapacitado por el karma para desarrollar flexibles exhibiciones con patente de curso tropical, puede darse cuenta: tendrán todas las universidades del mundo, pero de verbenas no tienen ni la más puta idea.



Siempre asoció las verbenas a Barcelona, mucho antes de conocer la ciudad, solo por los libros, y por las autoras que la llevaron de la mano a la verbena por excelencia, la de Gracia en el día de San Juan.

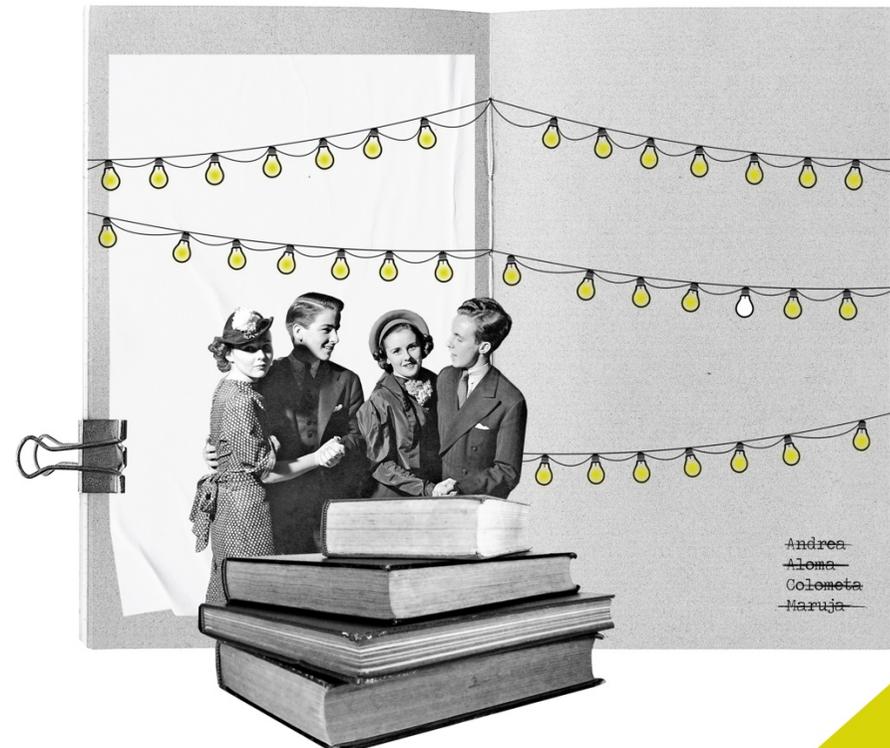
Tal vez por eso las odiaba, odiaba ese espectáculo de música, farolillos, olor a fritanga, y gente, mucha gente, en medio de ese ruido que dejaba a las muchachas sin palabras. Odiaba ese baile en el que Aloma, la protagonista de Mercè Rodoreda, cae rendida ante un hombre que le cambiará la vida, para siempre; en el que Natalia se convierte en Colometa en boca de Quimet, y se quedará prendida en una soledad sin palabras, aunque Quimet, le susurre aquello de vuela Colometa, vuela... solo es que le gustaban las palomas... ¿Iría Andrea la protagonista de Carmen Laforet en Nada, a la verbena? «La idea de asistir a un baile, aunque fuera por la tarde -para mí la palabra baile evocaba un emocionante sueño de trajes de noche y suelos brillantes, que me había dejado la primera lectura del cuento de la Cenicienta-, me conmovía, porque yo [...] no había bailado "de verdad", con un hombre, nunca». No, no era una verbena, aunque le hubiera gustado más y hubiera desentonado menos.

Siempre asoció la palabra verbena a una serie de escritoras que adoraba, la Rodoreda, Laforet, Monserrat Roig, ¿las protagonistas de Roig irían a la verbena? Sí, seguro, ellas querían conocerlo todo y allí descubrirían chicos, charnegos la mayoría, con los que se amarían desenfundadamente una noche, justo esa de San Juan intentando adivinar qué diferencia el norte del sur, que tiene el advenedizo, aunque sea en artes amatorias, al día siguiente, cada uno seguiría su camino, sin recordar apenas nada. ¡¡¡Habían bebido tanto!!!

Siempre que fue a una verbena pensó que se encontraría con Manolo Reyes, el «Pijoaparte», no en vano la novela empieza en la verbena de San Juan en la que Pijoaparte va a una fiesta de unos «pijos de Barcelona» y, a partir de ahí, la confusión...Y que no se enamoraría en absoluto.

Siempre asoció las verbenas a la tristeza, al desencanto, esas muchachas con el futuro marcado, esos chicos arrogantes que esconden tanta frustración y tanto miedo, esos señoritos complacientes que se dan una vuelta para ver a las clases bajas. Por eso, no puede ser imparcial, ni juzgar las verbenas, ni va nunca a ninguna, porque ella no es Andrea, ni Aloma, ni Colometa, ni Maruja... aunque sabe que, gracias a ellas, puede permitirse decir que no, que no va, que no le gustan, que las aborrece.

Le gusta la madrugada cuando ya la plaza vacía recoge los restos de tanta ilusión, de tanto deseo, de tantas promesas y de tantos fracasos que mañana estarán olvidados. Y, en el silencio, mira al cielo: es la noche de San Juan y recuerda toda la literatura que se le ha dedicado a esa noche. Y se pregunta qué tiene que ver todo con esa verbena, pero enferma como está de literatura cierra la ventana mientras recita a Borges: «El poniente impecable en esplendores/ quebró a filo de espada las distancias. /Suave como un sauzal está la noche. /Rojos chisporrotean/ los remolinos de las brucas hogueras;/leña sacrificada/que se desangra en altas llamaradas...»



HAIKU FINAL

NACHO G. RÍOS SELECCIÓN
PEDRO VEZ ILUSTRACIÓN

En las verbenas
También en crematorios
Humo en el aire

Matsuo Basho. Ueno, 1644 - Osaka, 1694



玉祭り
今日も焼場の
煙哉



LA
VISCERA
magazine